

pón que ya adorna el Señor con olorosísimas flores de mártires, regando la tierra con sangre de ellos, para que lleve semejantes plantas. No sin mucho fundamento se puede filosofar en esta materia, diciendo que después que padecieron martirio los seis mártires de la orden de el seráfico padre San Francisco, y con ellos los veinte japones, hay más número de mártires que antes de cincuenta años; aunque hubo en ellos grandes persecuciones de los fieles y de sus excelentes ministros que padecían destierros y robos de sus haciendas por la fe; pero era rara la sangre que se vertía por ella; por todo se dé a Dios nuestro señor la honra y gloria en el cielo y en la tierra. Amén.

CAPÍTULO LXXIV. *De el nombramiento que se hizo de el arzobispo de Mexico, don García Guerra, duodécimo virrey de esta Nueva España; y de el marqués de Salinas don Luis de Velasco, de presidente de el Consejo Real de Indias. Muerte de el dicho arzobispo y venida de el marqués de Guadalcázar, por decimotercio virrey de esta tierra*



OBERNANDO DON LUIS DE VELASCO (con título de marqués de Salinas) esta Nueva España le vino cédula de presidente de el Consejo Real de las Indias, cuasi a los cuatro años de su gobierno; y al arzobispo, que entonces lo era de Mexico, don García Guerra, vino nombramiento de virrey, capitán general y presidente de la Audiencia, que en esta ciudad reside. Fue recibido como tal virrey, con el apercebimiento y circunstancias que todos los demás virreyes, sus antecesores. Para el cual recibimiento salió de la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe, donde había estado antes en novenas y entró en la ciudad y casas de palacio con la majestad y acompañamientos que los demás; porque en esto se esmera y particulariza esta nobilísima ciudad con sus virreyes.

El marqués de Salinas no dejó su gobierno, por particular cédula que para esto tuvo, hasta que se embarcó y hizo su jornada, y llevó consigo de esta dicha ciudad hasta la de la Nueva Vera Cruz y puerto de San Juan de Ulúa un alcalde de corte que le acompañaba y un secretario, con los cuales iba despachando las cosas que se ofrecían de el gobierno (que fue merced particular que su majestad le hizo y no acostumbrada con otros). Hízose a la vela a doce de el mes de junio de el año de mil seiscientos y once, de lo cual tomó testimonio Alonso Pardo, teniente de secretario de gobernación (que ahora va por contador de el puerto de Acapulco, por ser hombre digno de cualquier oficio); y lo envió al dicho arzobispo, virrey, que lo estaba aguardando para entrar en la ciudad a tomar posesión de su gobierno. Hízose así y gobernó poco más de siete meses, porque de achaque de una caída que dio, se le apostemó el hígado y lastimó una costilla, de que adoleció; y aunque le hicieron muchos beneficios y abrieron la postema, no bastó; y así murió por el mes de septiembre de el mismo año.

Hízosele un solemnísimó entierro y muy más aventajado que a los otros virreyes que en el oficio han muerto, porque concurrió en éste ser arzobispo y virrey, juntamente; y así se hicieron las ceremonias que a entrambas dignidades pertenecen. Vistiéronlo de pontifical y acompañáronlo como a capitán general de el reino.

Por muerte de el virrey, arzobispo, entró gobernando la Audiencia Real y entró en las casas reales don Pedro de Ojalora, oidor más antiguo (hombre desinteresado de las cosas de esta vida y muy gran ministro y criado de su majestad, que por ser caballero muy cristiano es digno de muy grandes y calificados oficios). En esta sazón se dijo que cierta cuadrilla de negros estaba conjurada para rebelarse y hacer algún disparate en la tierra; y llegó a términos el caso que se hicieron compañías de soldados y se celó y guardó la ciudad; y a tanto obligó el caso que la Semana Santa no hubo procesiones de sangre, por mandato de la dicha Audiencia y se cerraron las puertas de las iglesias el Jueves Santo; y lo mismo pasó en la ciudad de los Ángeles; y toda la tierra comarcana a estas ciudades se puso en arma y se alborotó de manera que nadie entendía estar seguro en su casa. Pareció tener el hecho algún género de verdad, pues después de la Pascua de Resurrección del año pasado de seiscientos y doce, se ahorcaron treinta y seis de los dichos negros, veinte y nueve varones y las demás mujeres; todos juntos en una horca cuadrada que se hizo para este efecto en medio de la plaza mayor de la ciudad; y los descuartizaron y pusieron sus cuartos por los caminos y sus cabezas quedaron clavadas en la horca; pero como eran tantas, comenzaron a causar mal olor y temiendo alguna corrupción de el aire y que de ella resultaría alguna pestilencia se mandaron quitar de aquel lugar. Fue este día de gran concurso de gente y los justiciados salieron al acto de la justicia con soldados y guardia. Muchas cosas se dijeron, aunque pienso que las más las causaba el miedo de la gente popular (que fácilmente se alborota); fue caso este que puso en advertencia a los ciudadanos que vivían algo descuidados de prevención.

Este año de once hubo un eclipse de sol, a los diez días del mes de junio, que se cubrió todo el cuerpo solar y quedó la tarde obscura como la noche; y se vieron las estrellas por la parte del oriente más que por la del poniente. Yo vi salir murciélagos de sus guaridas y después, que comenzó a aclarar el día, volverse desatinados a buscarlas y muchos no atinaban con ninguna. Comenzó este eclipse luego, después de medio día y acabó a las seis horas de la tarde; siendo las tres cuando se acabaron de cubrir los rayos de su luz. Este eclipse se dijo antes por un astrólogo, y como es cosa que no cada día acontece, aunque es natural, causó tanto temor en la gente popular y menuda, que se confesaba y disponía aquel día, como si se apercibieran para la muerte; y se llenaron las iglesias de gente, rezando muy devotamente las horas y tiempo que duró en pasar; y en muchas partes tuvieron abiertas el sagrario y descubierto el Santísimo Sacramento, por la consolación de la gente que estaba recogida en las iglesias hasta que pasase. Comenzó el sol a cubrirse por la parte del poniente y a descubrir su luz por la del oriente, que es por donde el cuerpo de la luna iba pasando.

Este mismo año de once, por el mes de agosto, tembló la tierra en este mexicano reino y en algunas partes tan recio, que hizo mucho daño; en especial en esta ciudad que arruinó algunos edificios y cayeron otros y parte de el frontispicio de la capilla de S. Joseph de el convento de San Francisco, y en la de Xuchilmilco, cuatro leguas adelante, abrió la iglesia (que es un insigne edificio) y la desplomó un paño y pared; y fue de manera que obligó a sacar de el sagrario el Santísimo Sacramento y se cerró la puerta de la dicha iglesia, porque si se cayese no hiciese daño, aunque luego trataron de su reparo y se anda trabajando en él.

Fue el marqués de Salinas al Consejo Real de las Indias y fue muy bien recibido por la grande opinión que tiene de criado fiel de su majestad y por la buena cuenta que siempre ha dado en las cosas de su gobierno; y está sirviendo su plaza con mucha aceptación.

Vino por virrey de la Nueva España, por muerte de el arzobispo, el marqués de Guadalcazar (caballero de Córdoba) de muy gran talento y opinión; quiera el Señor darle el acertamiento que deseamos, para que aquestos reinos estén bien regidos y gobernados.

Este mismo año de once murió la reina doña Margarita de Austria, nuestra señora, a tres días de el mes de octubre, con opinión y nombre de muy santa, por las muchas y loables virtudes que en su majestad real se conocieron. Fue su muerte de achaque de un parto; falleció en El Escorial, donde yace su cuerpo con los demás cuerpos reales que allí están sepultados.

L A U S D E O

Fin de la primera parte de *Los veinte y un libros rituales y monarquía indiana*, la cual sujetamos a la censura y corrección de nuestra santa madre Iglesia católica, apostólica, romana